

	REYES de Hungría.	REYES de Nápoles.	PRINCIPES de Rusia.
do, en- cede Bo- VI, y de e hijo bre du- el su- ndo su X con ini- es-	Alberto sucede á Segismundo el año de 1438 en virtud del mismo título con que le habia sucedido en el reyno de Bohemia, y muere en 1439. Uladislao, en Húngaro Ladislao IV ó V, sucede á Alberto en 1440, y perece en una	Luis III, nacido el 24 de Setiembre de 1403, sucede en las pretensiones de Luis II, su padre, sobre el reyno de Nápoles en 1417, y muere en 1434. Renato de Anjou, llamado el Bueno, hijo de Luis II, adoptado por Juana II, Reyna de Nápoles, y declarado por su heredero, es llamado al trono en 1435, por los	Basilio III, llamado Basilio Witc, sucede á Basilio II, su padre, en 1425, y muere en 1462. Juan III, hijo primogénito del gran duque Basilloviz, le sucede año de 1462: y muere en 1505.
		Francia sobre el reyno de Nápoles.	

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

O SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.

SIGLO DECIMOSEXTO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado de la potencia otomana.

Al empezar el siglo XVI. hacia diez y nueve años que estaba Bayaceto II. en el trono otomano; en cuyo tiempo habia formado grandes proyectos contra los christianos, queriendo á imitacion de su padre Mahometo II. extender sus conquistas por el Occidente, pero suspendió la execucion de sus designios, mientras que vivió su hermano Zizimo que estaba en poder del papa. Temia sin duda Bayaceto que no se sirviesen de este príncipe para excitar en sus estados algunas sublevaciones cuyas conseqüencias podrian llegar á ser funestas. Libre de estas inquietudes por la muerte del que las causaba, no escuchó mas que á su ambicion y á su odio contra los christianos; y volviendo sus armas á la parte de Italia, hizo allí un desembarco, y asoló el Friul. Los venecianos que tenian mas interes que ninguna otra potencia en contener los progresos de los turcos, dirigieron sus armas contra ellos, y esta guerra duró cinco años con diferentes buenos sucesos, aunque las mayores ventajas estaban regularmente de parte de los christianos, de suerte que fatigados los musulmanes, y viendo que al paso que perdian mucha gente, no adelantaban apénas sus conquistas, se retiraron para aguardar tiempos mas fa-

vorables. Bayaceto, aunque ambicioso, tenia piedad, y desempeñaba exáctamente los ejercicios de la religion musulmana; y así, disgustado del trono y de los negocios, determinó renunciar en favor de Achmet, su hijo primogénito, para vivir él en el retiro y en la práctica de las virtudes recomendadas por la ley del profeta. Se sabe por la historia del Islamismo que muchos príncipes habian dado el exemplo de una devocion semejante. Habiendo sabido el designio de Bayaceto Selim, su hijo segundo, príncipe ambicioso y zeloso de reynar, pensó en los medios de impedir su execucion: bien que sus rebeldes operaciones no tuvieron todo el buen éxito que esperaba; pues el año de 1511 le batieron y obligaron á huir. Pero al siguiente, socorrido vigorosamente por los genizaros, cuyo favor habia buscado, precisó á su padre á cederle el imperio, y para asegurar su posesion tuvo la barbarie de hacer que se le diese veneno; y no contento con este primer crimen, cimentó su usurpacion con la sangre de sus dos hermanos y de ocho sobrinos, muertos todos por su orden. Selim I., á quien habia hecho la ambicion cruel y desnaturalizado, no tardó en mostrar que si se habia abierto el camino del trono con la sangre de su padre y de sus hermanos, no era para gozar tranquilamente del poder soberano, ni adormecerse en el seno de los deleytes, como los demás monarcas del Oriente. Quería borrar con sus hazañas las de todos los príncipes otomanos que habian reynado antes de él. Lleno de esta idea, no se propuso nada ménos que derribar el trono de los sophis de Persia y el de los sultanes de Egipto. Primero atacó al monarca persa con toda la felicidad que se habia prometido, venciendo á Ismael (así se llamaba el sphi) en la llanura de Chalderon, y tomando á Tauride, capital de sus estados. Iba á aprovecharse de esta primer ventaja, quando se vio obligado á interrumpir sus victorias para aplacar las turbaciones que se habian levantado en sus propios dominios; y los baxaes, á quienes sospechó autores de ellas, pagaron con sus cabezas el disgusto que habia tenido en detenerse en medio de sus conquistas: con lo qual se aplacaron muy luego los movimientos sediciosos que le habian forzado á abandonar su presa. Fingió entonces que volvía á continuar su expedicion de Persia, y para en-

cubrir mejor su designio se puso en marcha por la Natolia; pero habiendo mudado de ruta repentinamente, se dirigió hácia la Siria que pertenecia al sultan de Egipto. Tenia Selim inteligencias con los gobernadores de Damasco y de Alepo que vendian á su soberano. El sultan Kanson se apresuró á poner en pie un ejército, y á marchar en diligencia contra el agresor: encontráronse los dos príncipes, y el ataque fué igualmente vivo por ambas partes: disputada mucho tiempo la victoria, se declaró por Selim, habiendo sido muerto en el combate su contrario. El nuevo sultan elevado al trono del Egipto por los mamelucos despues de la muerte de Kanson, no fué mas feliz que él; pues dos nuevas victorias ganadas por Selim, baxo los muros del Cairo, le hicieron dueño de esta capital y de todos los estados del sultan. Volvió el vencedor sin dilacion sus armas contra la Persia; y si no logró apoderarse de ella, alcanzó unas ventajas que facilitaron en lo sucesivo su conquista. Hinchado Selim con estos felices sucesos, pensaba en llevar la guerra á Europa, cuyas principales monarquías se persuadía que le seria facil destruir; pero la muerte frustró estos nuevos proyectos de su ambicion, y se verificó en 1520 á los cincuenta y quatro años de edad. Este príncipe, además de ser naturalmente cruel, seguia la máxima de los déspotas que lo sacrifican todo á la razon de estado, inseparable siempre de su propia seguridad. Sin embargo no persiguió á los christianos, ántes les restituyó algunas iglesias cuyas puertas habia mandado Bayaceto cercar. Si se ha de creer á los historiadores de su nacion, se habia aplicado al estudio de las lenguas, y cultivaba la poesia felizmente.

No habia subido al trono otomano príncipe mas completo que Soliman II., hijo y sucesor de Selim. No tenia mas que veinte y siete años, y ya era conocido en esta edad por todas las buenas qualidades de gran príncipe y de héroe tan versado en el arte de la guerra, tan emprendedor y tan zeloso por extender su dominacion como Mahometo II.; pero mas consiguiente en sus proyectos, y mas hábil en la política, no estuvo ménos encarnizado en la destruccion de los christianos. El Asia, el Africa, y la Europa, el continente y las islas fueron el teatro de sus hazañas. Casi siempre feliz en sus empresas,

apenas experimentó desgracia alguna, y esas parece que como si la fortuna quisiese señalarle por ellas, que no era invencible. Acabó la conquista de la Persia, sometiendo á Tauride y á Bagdad; pero habiendo sido vencido en orden de batalla por el sophí Tamas ó Tamaspo, se vió obligado á entrar en negociacion con él, y á aceptar la paz, con condicion de que el Eufrates sirviese de barrera á los dos imperios.

La suerte de los combates preparaba á Soliman victorias mas famosas y durables en Ungría, y se dirigió allí seguido de un ejército formidable. Viéronse precisadas á rendirse las ciudades mas fuertes y mejor defendidas: Belgrado, el baluarte de la Europa por aquel lado, cayó baxo su poder; y Buda y las demas plazas tuvieron la misma suerte. Por todas partes le hacian vencedor el número y el valor de sus tropas, sujetándole el terror de antemano todos los países en que comenzaban á dexarse ver sus banderas. No había mas que dos años que reinaba, y ya sus armas habían esparcido el espanto por el Oriente y el Occidente. Mas él mismo interrumpió el curso de sus triunfos en Ungría, por volver sus armas contra los caballeros de san Juan de Jerusalem, enemigos perpetuos de los mahometanos y de su religion. Acompañóle tambien la dicha en esta empresa. Presentóse con una flota numerosa delante de la isla de Rodas, residencia del gran maestre, y capital de la orden: la ciudad estaba defendida con todo lo que puede añadir el arte á las ventajas de una situacion naturalmente fuerte: quatro meses de sitio no pudieron cansar la constancia del príncipe turco, que dirigia por sí mismo todas las operaciones; se hallaba en todos los ataques, y arrastraba los mayores peligros. Los caballeros por su parte hacian prodigios de valor por salvar la plaza, ó á lo ménos retardar su pérdida. Al fin prevaleció la fortuna de Soliman, y la plaza se rindió, no pudiendo substraerse del yugo de los infieles; pero los caballeros obtuvieron condiciones honrosas, y lleno Soliman de admiracion de estos esforzados guerreros, se las concedió con gusto: haciéndole mas honor esta conducta generosa que la misma victoria.

La Ungría gemia baxo la servidumbre, y avergonzada de soportar las cadenas con que Soliman la habia cargado, se disponia á romperlas: cuyos inconvenientes

atraxeron allí al príncipe turco, á quien no fué menos fiel la victoria de lo que lo habia sido en su primera expedicion. La célebre batalla de Mohats ganada al jóven rey Luis XI. que halló la muerte combatiendo por su patria, restituyó á Soliman todas las ciudades que le habian hecho perder el haberse alejado y la esperanza de derrotarle, que se miraba como una cosa inevitable. Unas conquistas tan rápidas, y que costaban tan poco, persuadieron al sultan que le sería fácil apoderarse de Viena, capital de la Austria, despues de lo qual no tardaria en someterse toda la Alemania. Fué, pues, á sitiar esta plaza con un ejército de doscientos y cincuenta mil hombres. Pero Viena se hallaba defendida por uno de los mayores capitanes de aquel tiempo, que era Federico, príncipe palatino. En veinte dias consecutivos sostuvo veinte asaltos que dieron los turcos con una impetuosidad sin igual, y que rechazaron los sitiados con un valor que parecia que con el encarnizamiento del enemigo crecia cada vez mas. Finalmente Soliman, que no esperaba esta resistencia vigorosa, se vió obligado á levantar el sitio despues de haber perdido ochenta mil hombres; y algun tiempo despues tuvo la misma suerte delante de la isla y ciudad de Malta, en donde se habian establecido los caballeros de san Juan despues de la toma de Rodas. Mas se vengó en los venecianos, á los quales quitó la isla de Cusa, y otras muchas conquistadas por los generales de la república á los turcos en las guerras precedentes á su reinado.

El famoso corsario Chêredin, tan conocido y tan temido con el nombre de Barbaroxa, estaba agregado al servicio de Soliman, que le habia confiado todas sus fuerzas navales. Este pirata, que pasaba por el mayor hombre de mar que se habia visto, hacia muchos años que era terror de las naciones christianas en las costas é islas del Mediterráneo, y sujetó á la dominacion de Soliman á Tunez, Argei, y la mayor parte de los pequeños estados formados sobre las costas de Africa desde la decadencia del imperio de los califas; sometiéndole tambien muchas de las provincias bañadas por los mares de Oriente, y asolando con impunidad los países marítimos de Nápoles y de Sicilia que se hallaban entónces sin defensa. Pero fué á desgraciarse delante de Niza, cuyo sitio le obli-

gó á abandonar la dispersion de sus navíos: bien que si esta desgracia fué sensible al sultan, le consolaron las nuevas ventajas que ganó á los christianos en Ungría; en donde las turbaciones civiles que agitaban este reyno, le sirvieron de pretexto para volver á entrar en él al frente de un ejército. Hacia de defensor del jóven rey Juan Zapolski contra Fernando, hermano de Carlos V., que le disputaba la corona; pero la proteccion peligrosa del sultan no tenia otro objeto que arruinar á los dos competidores uno por otro para despojarlos despues con mas facilidad. Esta política facil de penetrar solo le surtió bien algun tiempo á la sombra de las disensiones que despedazaban la Ungría; y esto fué la principal causa de sus victorias en las diferentes irrupciones que hizo en Europa. Sin duda que los úngaros hubieran detenido su curso, si conociendo mejor sus intereses, en lugar de formar en el estado facciones que se encarnizaban en destruirse recíprocamente, hubiesen unido sus fuerzas contra el enemigo comun de su religion y de su patria. Despues de haberse apoderado de un gran número de plazas, puso sitio Soliman á Zigeth, fortaleza poco importante de la Ungría baxa, pero que le irritaba mucho por la resistencia que hacia, y que no habia hallado en las ciudades mas fuertes y mejor situadas. Obstinóse en este sitio sin embargo de ser mal sano el pais, y de comenzar las enfermedades á desolar su campo: atacaronle á él mismo, y murió ántes que la plaza hubiese cedido á los esfuerzos de los sitiadores, cuyas operaciones dirigia desde su cama. Tenia setenta y seis años de edad, y quarenta y seis de reynado, habiendo sido reputado siempre por el hombre mas grande que ha gobernado el imperio otomano; pues unia con el talento militar miras profundas y la penetracion de un político excelente. Humano, generoso, magnánimo, justo aun con sus enemigos, mereció por sus virtudes morales la estimacion de aquellos de quienes era el terror por la fuerza y felicidad de sus armas. Se ha reprehendido á Francisco I., rey de Francia, el haber buscado su alianza para abatir á Carlos V. Pero ademas de que esta union fué obra de la política que acaso hacian necesaria las circunstancias en que se hallaba la Europa, podemos asegurar, segun el testimonio de todos los historiadores, que habia entónces pocos prin-

cipes, aun entre los christianos, mas dignos de la confianza del monarca frances. A lo ménos es cierto que habia pocos, cuya alianza fuese mas segura, por su buena fe en los tratados, y su religiosa exactitud en cumplirlos.

La muerte de Soliman se miró como un acontecimiento feliz, del qual recogió la Ungría el principal fruto. Si el sultan Selim II., su hijo y sucesor, hubiese tenido el mismo talento para la guerra y el mismo amor de la gloria, hubiera podido poner cadenas á una parte de Europa, prosiguiendo sus conquistas. Pero este príncipe era de un carácter indolente, que le hizo preferir la paz al esplendor de los triunfos que hubiera sido preciso ganar á costa de su reposo. Gustaba del vino, y se entregaba en lo interior del serrallo á unos excesos que le hacian incapaz de ocuparse en el trabajo sério de la política y en los proyectos de la ambicion. Restituyó la tranquilidad á la Ungría y á los estados vecinos en que Soliman habia sembrado tan vivas alarmas; y á fin de asegurar para sí mismo la ambicion el ocio de que necesitaba en el plan de vida que se habia propuesto, concluyó una tregua de ocho años con el emperador Maximiliano II. Sin embargo se despertó en su corazon el odio del nombre christiano, tan natural á los musulmanes, y le sacó de la especie de entorpecimiento en que estaba sumergido. Despreciando sus convenciones con los venecianos, formó su empresa sobre la isla de Chipre; habiendo confiado la direccion de ella al visir Mustafa, que, mas activo y animoso que su soberano, sujetó en poco tiempo á Nicolsia, capital de esta isla, á Samagusta y demas plazas ménos considerables, y en fin á todo el pais. Esta es la única expedicion importante que ha ilustrado el reynado de Selim II., que murió en 1574, á los cincuenta años de edad, de una apoplexia causada por sus excesos. Los christianos le ganaron la famosa batalla naval de Lepanto el año de 1571, en que Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V., príncipe de las mayores esperanzas, mandaba siendo de edad de veinte y quatro años la flota que su padre le habia confiado. Los historiadores de aquel tiempo escribieron que murieron en esta ocasion treinta y dos mil infieles, y que perdieron mas de doscientos bastimentos, unos apresados, y otros echados á pique;

pero esta victoria fué esteril, por que no se supo sacar de ella la ventaja que debia producir.

La Ungría, en donde los sultanés casi no habian cesado de hacer la guerra desde Mahometo II., respiró un poco en los primeros años de Amurates II.; porque este príncipe que subió al trono otomano el año de 1574, volvió sus armas contra los persas. Las turbaciones que se habian levantado en los estados del sophi ofrecian á los turcos una ocasion favorable de extender sus conquistas por este lado. Presentáronse sobre las fronteras con un ejército formidable: la guerra fué larga y sangrienta; pero no siempre correspondió el fruto ni á las fuerzas ni á las esperanzas del agresor: sin embargo se avanzaba poco á poco á lo interior del pais, y podia temerse que tomando al fin la superioridad llegase á trastornar la monarquía que era hacia mucho tiempo el objeto de los príncipes otomanos; y la constancia y el tiempo podrian facilitárselo. Estas consideraciones inclinaron al sophi á proponer un ajuste, al qual Amurates alarmado continuamente por los genízaros accedió con tanto mas gusto, quanto le aseguraba la posesion de las tres provincias desmembradas de la Persia, y reunidas á su imperio. Pero muy luego esta misma inquietud de los genízaros, que le habia determinado á hacer la paz con los persas, le forzó á tomar otra vez las armas, para ocupar á esta milicia indócil é inquieta. Rompió la tregua que habia concluido con el emperador Rodulfo II., y entró en la Croacia con un ejército de cincuenta mil hombres. Aunque esta invasion fué repentina tuvo poco efecto; pues los christianos se defendieron como si hubiesen estado preparados para sostener un ataque previsto muy de antemano. Dos victorias ganadas á los infieles pusieron á estos en la necesidad de temer la suette con que habian amenazado á sus enemigos; y el archiduque Matías quitándoles la fuerte plaza de Novigrad, uno de los baluartes de Ungría, los encerró en límites todavia mas estrechos. No tuvo Amurates otro consuelo en estas pérdidas que la toma de Raab ó Javarino, de que se apoderó el gran visir Sinan Basa; aunque esta conquista les costó á los turcos mas de veinte mil hombres, y despues no la conservaron mucho tiempo: habiendo sido atacada de noche y pasada á cuchillo la guarnicion por el con-

de Palfi, general del emperador. Amurates no sobrevivió mucho tiempo á este suceso, pues murió en 1595 de edad de cincuenta años y veinte y uno de reynado. Los Sultanes de linage Otomano no subian al trono sino despues de haber regado sus escalones con la sangre de sus hermanos. Estos sacrificios crueles se renovaban á cada nuevo reynado; y sin consideracion á las leyes de la naturaleza bastaba que se creyesen necesarios á la seguridad del soberano, para no sorprehenderse de ver ordenar á sangre fria tales execuciones bárbaras. Quando Mahometo III. llegó al imperio despues de la muerte de Amurates, costó la vida á diez y nueve hermanos suyos ahogados por su orden, y á diez mugeres que su padre dexaba en cinta, las quales hizo arrojar al mar. Este príncipe indolente y voluptuoso no tenia ningun talento para la guerra, ni para el gobierno; y abandonaba lo demas del estado á sus visires, para entregarse sin cuidado á todos los placeres que puede gustar un sultan en medio de los objetos mas propios para excitar sus deseos y satisfacerlos. Los christianos se aprovecharon de su debilidad para recobrar la mayor parte de las ciudades que sus predecesores les habian quitado en la Ungría y paises vecinos. Sin embargo se vió obligado, aunque con repugnancia, á hacer algunos esfuerzos para oponerse á unas pérdidas que podian llegar á serle funestas, porque se miraban como efecto de su indolencia. Sus generales volvieron á tomar algunas plazas; bien que teniendo, como tenian, un ejército de doscientos mil hombres, y á sus órdenes, no lograron ventajas proporcionadas á tan grandes fuerzas, y aun perdieron una batalla cuya noticia causó grandes rumores en Constantinopla, sobre todo entre los genízaros. Esta milicia terrible murmuraba altamente contra el príncipe, que tranquilo en lo interior de su serrallo, veia con indiferencia las pérdidas del estado; cuyas quejas y los movimientos inquietos que las acompañaban, determinaron á Mahometo á concluir la paz con los christianos. Pero por otra parte este tratado que hacia entrar en inaccion á los genízaros, no era á propósito para calmar su descontento. Fué preciso que el sultan les sacrificase tambien á sus ministros, á sus validos, y hasta su propia madre: y como no les entregó estas infelices víctimas, sino para librarse de las inquietudes que turbaban sus placeres, su vida muelle y voluptuosa comparada con

las acciones sobresalientes de su padre y abuelos, excitaba cada dia murmuraciones mas vivas entre las gentes de guerra. Noticioso el sultan de que su hijo participaba del descontento, y temeroso de que no tomase medidas para destronarle de acuerdo con los demas, mandó prender á este desgraciado príncipe que descubria mil prendas de debilidad, terminando su vida con el cordon fatal. No gozó mucho tiempo Mahometo del fruto de esta nueva crueldad; habiendo muerto de peste este príncipe cobarde y despreciable el año de 1603, despues de un reynado de nueve años que pasó todos en la obscuridad del serrallo.

A la muerte de Mahometo III. la potencia otomana, sin embargo de las pérdidas experimentadas en su reynado, era todavía la mas vasta y la mas formidable que habia sobre la tierra; pues se extendia desde el Eufrates hasta el Danubio, desde los confines de la Arabia hasta las costas de Africa, y desde las fronteras de la India hasta el interior de Europa. Una dominacion, que abrazaba tantas provincias, y que hacia continuos esfuerzos por extenderse mas y mas, tenia mucho con que hacer al temblar á todos los demas estados. ¿Qué mutaciones no hubiera ocasionado en Europa si hubiese caido con todo su peso sobre esta parte del mundo, cuyos pueblos estaban divididos con tantas guerras y tantos intereses opuestos? Es difícil concebir cómo los príncipes christianos no han visto el riesgo que les amenazaba, y cómo viéndolo no se han unido para rechazar á una nacion toda guerrera que juntaba el fanatismo de los antiguos musulmanes con aquella sed insaciable de las conquistas que los habia hecho dueños de los países mas hermosos del mundo. Pero la mayor parte de los príncipes que reynaban en el Occidente, solo se ocupaba en sus negocios, y descansaban del cuidado de contener los progresos de los infieles sobre aquellos que teniendo la desgracia de ser sus vecinos se hallaban expuestos de mas cerca á sus golpes. Por otra parte cómo se habia de hacer entrar á tantos soberanos, enemigos ó rivales unos de otros, en una liga cuyo buen éxito dependia del zelo mas desinteresado y de la confianza mas bien establecida? ¿Qué vínculo sería bastante fuerte para reunir en un mismo cuerpo, y conducir á un mismo fin tantas partes que cada una llevaba en su seno el principio de la desunion y de la discordia? Los papas hicieron lo que pudie-

rón en este siglo como en el precedente para salir con este buen proyecto, el qual no perdieron jamas de vista á pesar de los innumerables obstáculos que encontraron; pero no pudieron nunca conseguirlo. Efectivamente si se examina la situacion en que se hallaban entonces todos los reynos de Europa, nos convenceremos sin dificultad de que la cosa era imposible. Los odios nacionales; los proyectos de la política, las empresas de la ambicion, los estragos del fanatismo, las discordias civiles y las guerras de religion que empezaban á encenderse, excitaban en un extremo de la Europa al otro tantas turbaciones y calamidades públicas, que de todos los proyectos el mas practicable era el de reducir á los reyes y á los pueblos á una confederacion general contra los turcos.

¿Cómo, pues, la potencia otomana con exercitos tan numerosos, y una dominacion tan extensa, no hizo progresos mas rápidos y conquistas mas considerables en Europa? ¿Cómo estos cuerpos de tropas, que subian algunas veces á doscientos y trescientos mil hombres, no llegaron en el discurso de cerca de siglo y medio á apoderarse sino de algunas ciudades de Ungría y de los parages vecinos? ¿Cómo finalmente tantos brazos mandados unas veces por los sultanes mismos, otras por sus mas hábiles generales, no pudieron en siete reynados de príncipes, la mayor parte excelentes guerreros, conquistar el solo reyno de Ungría, dividido muchas veces entre dos soberanos, y despedazado siempre por facciones? Parece que en el curso ordinario de las cosas un país devastado con guerras continuas, abatido por las discordias civiles, y devorado por sus propios habitantes, no debia resistir tan largo tiempo á unos veyvenes tan violentos y tan repetidos. Una campaña, ó dos quando mas, podian bastar á los Bayacetas, á los Solimanes, á los Selims para sojuzgarle sin recurso. De allí podrian echarse sobre la Alemania, la qual hubieran sorbido muy presto con las olas de sus exercitos inmensos: y dueños del imperio, y de la multitud de estados pequeños, tan fáciles de sujetar, que lo componen, ¿qué potencia hubiera podido oponerse á sus esfuerzos, y qué nacion en todo el Occidente se hubiera hallado en estado de escapar de sus cadenas?

Así es preciso que la causa de sus pocos progresos, aun en los países confinantes con su imperio, haya provenido

de su modo de hacer la guerra, ó de algun vicio inherente á su constitucion: y diremos desde luego que concurren estas dos cosas á un mismo tiempo para salvar la Europa, ciñendo las empresas de los turcos á unos sucesos felices pasageramente, y á unas victorias estériles. Sus exércitos eran juntamente demasiado numerosos, y harto mal disciplinados, para que se les pudiese tener mucho tiempo debaxo de las banderas, y emplearlos en expediciones que exígiesen constancia. Parecía que querian cubrir de repente un terreno vasto, apresurar los ataques, invadir mas bien que vencer, y cesar de obrar luego que se cumpla su primer objeto. Eran como unos torrentes que se esparcian impetuosamente, que causaban muchos estragos, y que pasaban al cabo de algun tiempo, sin dexar despues otras pruebas de su existencia, que los vestigios del mal que habian hecho. Por otra parte era imposible proveer por muchos dias á la subsistencia de aquellos cuerpos inmensos que llevaban tambien tras de sí una multitud de bocas inútiles: de suerte que si el país en que estaba el teatro de la guerra era naturalmente poco fértil; si el enemigo que se iba á combatir léjos tenia la precaucion de despojar las campiñas; si al empezar se experimentaban reveses; ó si las enfermedades ó contrariedad de las estaciones destruian las esperanzas del buen suceso nacidas de la confianza en el gran número; no tardaban en manifestarse las quejas y murmuraciones, y muy luego seguia el descontento y la rebelion: siendo preciso entónces para evitar las conseqüencias del amotinamiento, llevar los exércitos á los parages en que hallasen abundancia y seguridad, abandonar hasta las plazas de que al principio se habian apoderado, y renunciar finalmente una empresa comenzada á mucha costa. Tal fué casi siempre la suerte de los exércitos innumerables puestos en pie por los turcos para la conquista de Occidente. Añádase á esto que las naciones asiáticas parece haber estado destinadas en todos tiempos á recibir el yugo de los pueblos del Norte, y no á triunfar de ellos; de lo qual fueron una prueba los mismos turcos, quando comenzaron á darse á conocer en el mundo.

Ademas habia en la política de los sultanes un vicio ligado con la constitucion del estado y con la forma de gobierno, á un mismo tiempo militar y despótico. Pro-

poníanse en general conquistar tal reyno, someter tal pueblo; pero no formaban un plan seguido y combinado de las operaciones que debian suceder unas á otras para llegar al fin. No prevenian mejor los acontecimientos contrarios, los reveses inopinados, y los golpes casuales para remediarlos á tiempo, y detener sus conseqüencias por aquellos medios que la experiencia y la habilidad saben emplear en el momento que se hacen necesarios. Contentábanse con juntar exércitos formidables por el número, y con decir á sus visires: ponedlos á la frente de estas tropas; id á sitiar tal ciudad, ó invadir tal provincia sin darles otras instrucciones. Si la empresa salia feliz, el soberano se atribuia la gloria de ella; mas si algun obstáculo imprevisto la hacia desgraciarse, cargaba la vergüenza del mal suceso sobre el general que habia desempeñado mal sus órdenes, y muchas veces lo castigaba con la muerte, ó á lo ménos con la desgracia, para librarse él mismo del furor de los genizaros. Si concurrían otras causas á los pocos progresos de las armas otomanas, quando se dirigieron contra los pueblos de Europa; estas fueron á lo ménos las mas ordinarias, y las mas activas en este siglo y en los siguientes.

ARTICULO II.

Estado de las monarquías y demas potencias de Europa durante el siglo décimosexto.

Los quadros históricos de las grandes monarquías y de las otras potencias de Europa no nos han ofrecido en las épocas precedentes ninguna cosa que pueda compararse con los sucesos que se vieron en el siglo décimosexto en todos los estados; pues pasaron cosas de que no hay exemplar en los tiempos anteriores. En Alemania, una casa ya poderosa se procura nuevas posesiones y se perpetua en el trono imperial, sin que la forma ordinaria de las elecciones experimente la menor mudanza: los diversos miembros del cuerpo germánico divididos entre sí en las opiniones religiosas, sin dexar de estar unidos en las leyes de la constitucion, adquieren nuevos intereses abrazando un nuevo culto: en fin esta vasta con-